

# La hora de la responsabilidad política



## El rechazo a los políticos

La instancia electoral de Octubre para diputados y senadores vuelve a poner en discusión la utilidad de los legisladores, el rol cumplido hasta hoy, los abusos de poder y, en general, la actuación de los políticos, ante el enorme descrédito basado, en muchos casos, en un comportamiento reñido con la ética.

Algunos dirigentes ven en la política el futuro asegurado. Y hasta sin escrúpulos, se prenden de cuanto prebenda se les arrime para un enriquecimiento, que de otro modo resulta imposible.

Si a esto se le suma la "obediencia debida" a las directivas oficiales que imponen las mayorías "brazo de yeso", se entiende el rechazo de la gente, particularmente hacia los legisladores.

No son muchos los que se han destacado haciendo una real oposición o utilizando la banca para constituirse en voceros de los sectores más postergados o avasallados. Precisamente porque son pocos, también existe la sensación de que el número de legisladores debiera reducirse. Así como tendrían que reducirse las abultadas dietas que cobran, estableciéndose un sueldo que garantice la canasta familiar, similar a un básico para todos los trabajadores.

Mientras no se asuman estas conductas, como signos evidentes de que se ocupa un lugar

político como auténtica vocación de servicio, seguirá existiendo esa legítima desconfianza de la gente hacia la dirigencia política. La ciudadanía reclama testimonios éticos. Y quien no se sienta con vocación para ello, mejor es que siga en su profesión o trabajo habitual. No vale aquí el argumento de que se pierde plata. La política no es el lugar enriquecerse. Si es una vocación de servicio, debe ser visualizada como tal, también a la hora de mirar el bolsillo.

Esta crítica a la conducta de algunos políticos debe hacerse en el marco de la democracia que tenemos. Porque gracias a esta democracia, con todas sus limitaciones y defectos, es posible conocer, visualizar y señalar las conductas corruptas. Y es también en ese marco de libertad que la gente puede expresar su protesta y exigencia de respuesta al mandato otorgado en el voto.

Sin pretensiones de monopolizar la verdad, porque sería la negación de lo que proponemos al debate, es conveniente abordar algunas cuestiones para sincerar la democracia mediante mayores niveles de participación.

## No es hora de mesianismos

Algunas críticas a lo político, provenientes incluso de sectores progresistas, desconocen los mecanismos propios de la política en el marco de la democracia. Y ello los conduce a posturas

mesianicas, que por más bien intencionadas que sean, tienen la inevitable consecuencia de negar la participación popular, de obstaculizar los procesos organizativos de los movimientos sociales y de frenar el crecimiento de la conciencia comunitaria.

Por formación religiosa, o por conveniencia o incapacidad política, las concepciones mesianicas esconden una visión absoluta e integrista, que conduce a comportamientos antidemocráticos, autoritarios y negadores de la diversidad y el pluralismo. Y esto que suele suceder en las iglesias, dueñas de la verdad sacra, o en partidos que hacen prevalecer el ideologismo por sobre la política, termina trasladándose a las organizaciones populares o los sindicatos.

No se trata por cierto de la gente sencilla y de base, sino de aquellos que por su formación intelectual y su rol social se auterigen en la "voz de los sin voces" o en los "salvadores" de los pobres, negando en los hechos lo que se proclama en el discurso. Porque de lo que se trata es de escuchar la voz de los enmudecidos y alentar su propia organización, sin pretensiones hegemónicas ni para sobresalir en el atractivo vetetismo de la prensa.

El mesianismo anula el protagonismo popular y genera una frustradora dependencia de quienes, generalmente sin la elección de nadie, son colocados en una posición privilegiada de poder,

tanto religioso, como social o político.

### **Del dogmatismo a la dictadura**

Los mesiánicos, basados en datos objetivos de la realidad como la corrupción de buena parte de la dirigencia política, por su propia concepción integrista terminan descalificando a todos los políticos. Y lo que es más grave, descalifican los mecanismos establecidos de participación democrática, renegando de los partidos políticos y del voto.

Algunos incluso proponen el voto en blanco o la abstención, con lo que objetivamente se favorece el monopolio de la fuerza política hegemónica, que en nuestra realidad, a través del menemismo, es el sustento del modelo neoliberal de exclusión.

Quienes expresan posturas mesiánicas generalmente provienen de una práctica social o religiosa acostumbrada al paternalismo o de una experiencia política perdedora, donde los votos nunca los favorecen. En lugar de preguntarse las razones por las que no se es merecedor de la confianza popular a través del voto, se hace recaer la responsabilidad en la ignorancia de la gente o en su bajo nivel de conciencia para valorar las "iluminadas" propuestas de los que piensan o se creen poseedores de la verdad.

Generalmente esta conducta proviene de una formación dogmática y cerrada al diálogo y la búsqueda de consenso. Creen que la realidad es el espejo de los esquemas mentales. Todo lo conciben en categorías absolutas de "buenos" o "malos", de "santos" o "pecadores", de blanco o negro. Y este criterio maniqueo es trasladado a todos los planos de la realidad, consciente o inconscientemente. Y por eso están más cerca de la dictadura que de la democracia, del autoritarismo que de la participación, aunque se predique lo contrario.

Quienes así actúan y juzgan la realidad política, confunden el cielo con la tierra, el rol profético con la acción política, los necesarios presupuestos ideológicos con los programas políticos concretos que deben ofrecer respuestas a las necesidades cotidianas de la gente, mientras se avanza en la

construcción de una sociedad justa y fraterna.

### **De la rebeldía popular al poder político**

La resistencia popular que viene expresándose en movilizaciones, huelgas, cortes de ruta, ollas populares, etc., ante la agudización de los problemas sociales y las necesidades económicas que provoca este modelo neoliberal de exclusión asume las características de una auténtica y legítima rebelión, que no logra aún torcer el rumbo de las políticas oficiales. Se trata de una rebeldía forzada por las necesidades más inmediatas de trabajo y comida. Y por eso mismo se producen en forma espontánea, sin demasiada articulación y generalmente rechazando expresarse en organizaciones institucionales, aunque se apele a la mediación de aquellas que, como la iglesia, son signos de un poder que aún goza de cierta credibilidad.

Es el grito por la sobrevivencia y no quieren que se los manipule, ni se use su necesidad para fines que no se visualizan como respuesta a sus necesidades concretas.

Esta legítima desconfianza a todo lo que sea institucional o dirigencias preestablecidas debiera servirnos para revisar conductas, propuestas y caminos de realización.

La sola rebelión, sin embargo, no alcanza, aunque sea expresión concreta de un poder popular. Está fresca aún en la memoria la experiencia de la rebelión santiagueña que hasta quemó la casa de gobierno y los domicilios de algunos dirigentes políticos. Pero a la hora de ejercer su participación ciudadana en las elecciones, a falta de propuestas alternativas concretas como opciones de poder real, la gente colocó nuevamente en el ejercicio del gobierno a quienes pocos meses antes había cuestionado.

Sin agotar el análisis, que ciertamente incluye otros aspectos, el ejemplo sirve para opinar sobre la necesidad de estructurar alternativas concretas que transformen esa rebelión en acumulación de poder político.

Para ello se necesita utilizar las herramientas políticas concre-

tas que contempla la participación democrática de la gente. No existe, en el marco de la democracia que tenemos, otro camino que los partidos políticos para acceder al manejo del Estado, salvo que se quiera provocar el golpe militar o la revolución armada.

Nuestra dolorosa experiencia como argentinos nos hace optar por el camino democrático, conscientes de que es necesario profundizarla mediante la generación de nuevos mecanismos de participación que expresen las demandas de la sociedad civil. También se impone avanzar en reformas electorales como la eliminación del voto "sábana" o la inclusión de la revocatoria del mandato para aquellos que lo traicionan.

Pero marginarse de la participación política es dejar la cancha libre para los oportunistas, favoreciendo a los siempre dispuestos a usufructuar de las necesidades de la gente.

Es real que los partidos políticos tienen muchos vicios, que generalmente son manejados por las camarillas dirigenciales y que restringen la participación desalentándola en los hechos. Ello no es casual. De ese modo las camarillas se aseguran la continuidad en sus puestos.

La conducta de quienes pretenden transformaciones serias y concretas, para restablecer la dignidad y la utilidad de la política, debiera ser la de la participación, reclamando desde los espacios sociales un protagonismo efectivo. Nada se logra por milagro llovido del cielo. Se trata de una construcción muchas veces dificultosa, no caracterizada precisamente por el estado angelical de los "buenos" o los "santos", en una realidad tonalizada de grises.

La oportunidad electoral que viviremos en estos meses, nos da la posibilidad de profundizar este debate, poniendo el oído a lo que los pobres nos dicen desde sus necesidades cotidianas, que no admiten la hipocresía de las palabras sino respuestas concretas que hagan efectiva la democracia social, económica y política.

*Luis Miguel Baronetto  
Julio de 1997*